

¡Ah, Señor! ¿no es este el tiempo precioso de vuestra visita, el momento feliz en que me convidais para que me convierta? La meditacion que acabo yo de hacer, ¿no es uno de aquellos puntos críticos, uno de aquellos medios importantes de donde pende tal vez mi salvacion? Haced, Señor, por vuestra gracia que por lo menos no sea inútil para mí, y que todas estas reflexiones no me ofrezcan jamás un motivo de sentimiento.

JACULATORIAS. — No quiero ya, Señor, diferir el convertirme; yo conozco que la voluntad que tengo de ser ya de hoy en adelante todo vuestro, es un efecto de la gracia. (*Psalm. 76.*)

Si oyereis hoy la voz del Señor, obedecedle fielmente, y no endurezcáis vuestro corazon, resistiendo á la gracia. (*Psalm. 54.*)

PROPOSITOS.

1 Puesto que todos los acontecimientos de la vida pueden ser medios de salvacion, cuidemos de no inutilizar ninguno. Sobre todo, atendamos á la voz del Señor; Dios habla de muchas maneras. Habla por medio de sentimientos vivos é interesantes; habla por boca de los superiores y de los directores; habla por los predicadores y los libros de piedad; por acontecimientos aun imprevistos, y tambien por los movimientos interiores de la gracia. No se trata aqui sino de la conversion y de la perfeccion en materia de moral; por lo que mira al dogma y la fe, Dios no habla sino por la Iglesia, y de ninguna manera por el espíritu particular. Rindámonos á sus amorosas sollicitaciones, tengamos cuidado de conocer siempre sus visitas, y de sacar provecho de todo lo que él nos enseña.

2 No nos contentemos con conocer su voz y su visita, es menester poner en práctica sus lecciones. La humildad, la caridad cristiana, la mortificacion, la puntualidad exacta en cumplir todas las obligaciones de nuestro estado, la piedad, el zelo por la salvacion de nuestros hermanos, en una palabra, la victoria sobre nuestras pasiones y sobre nuestro espíritu, y las máximas del mundo, son el asunto ordinario de todas las que nos hace. Veamos cual es el punto de moral que mas nos toca, y de que mas necesidad tenemos, y apliquémonos la instruccion que nos corresponde. Tenemos á Jesucristo en la adorable Eucaristia, en donde son muchos los que le desconocen: hagamos ver por nuestro deseo de comulgar, por nuestras frecuentes visitas, cada vez mas devotas y mas respetuosas, que le reconocemos alli realmente presente.

DOMINGO DECIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

ADVERTENCIA. *En la Dominica despues de la Asuncion de nuestra Señora celebra la Iglesia la fiesta del glorioso SAN JOAQUIN, padre de nuestra Señora, que comunmente suele concurrir en la Dominica décima despues de Pentecostes; puede verse su historia en el dia 20 del mes de marzo, pág. 329, conformándonos con el Martirologio romano.*

LÁMASE el domingo décimo despues de Pentecostes el domingo de la humildad, ó sea el domingo del fariseo y del publicano, á causa del Evangelio que se lee en la misa, en el cual hace Jesucristo el paralelo entre el orgulloso fariseo y el humilde publicano, por medio de una parábola que propuso á los que erigiéndose en jueces ponian su confianza en sí mismos, despreciando á los demás como imperfectos y pecadores en comparacion de ellos. Déjase conocer bastante que el designio del Salvador es el enseñarnos por medio de esta parábola, que sin la humildad no hay justicia ni virtud cristiana; y que la inocencia debe tener por base la humildad, la cual la sirve tambien de apoyo y de defensa. La Epístola es como el prelude razonado de esta parábola, y confirma la necesidad que tenemos de esta importante virtud, sin la cual todas las demás son defectuosas. S. Pablo en esta Epístola trae á la memoria á los fieles de Corinto el lastimoso estado en que estaban antes de su conversion á la fe. Ninguna cosa humilla tanto al hombre como la vista de su propia miseria; nuestro amor propio que produce nuestro orgullo, lleva tambien en sí el contraveneno. Háceles notar el Apóstol, que todos los dones espirituales, todas las diferentes operaciones del Espíritu Santo son puros dones, y por consigüente que seríamos muy injustos en orgullecernos. Quanto mas nos enriquece el Salvador con sus favores, tanto mas humildes debemos ser; los tesoros de la gracia no se conservan mas que por la humildad. No tiene menos relacion con esta virtud el introito de la misa, inspirándonos siempre una humilde confianza en la bondad de Dios, que es á un tiempo nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Padre. Como el Evangelio nos representa dos hombres que oran de un modo muy diferente en el templo, la Iglesia en el introito de la misa nos representa un modelo de

oracion muy conforme al que nos ofrece el humilde publicano.

Cuando he clamado al Señor ha oído mi voz, esto es, mi oracion, y me ha librado de los que no se acercan á mí sino para dañarme: él que es antes de todos los siglos, y será por toda la eternidad, les ha humillado. Poneos enteramente en las manos de Dios, y él os alimentará. Oid, Dios mío, mi oracion, y no desecheis mis ruegos; dignaos considerar el estado en que estoy, y no me neguéis la asistencia que imploro. Estas palabras están tomadas del salmo 54. David, obligado por la rebelion de su hijo Absalon á salir de Jerusalem, representa á Dios el triste é infeliz estado en que se halla, y en este estado humilde le pide su socorro. Este salmo en el sentido figurado conviene perfectamente á Jesucristo. David destronado y arrojado de Jerusalem representa al Salvador rechazado y condenado á muerte por los judíos. Absalon, á la cabeza de los revoltosos, representa á los sacerdotes sublevando al pueblo contra el Salvador; en fin la traicion de Aquitofel, segun los intérpretes, representa la de Judas. Nótese que David en una y otra fortuna no ha estado nunca sin cruz y sin tribulacion, no obstante que en todo tiempo haya sido un hombre segun el corazon de Dios, y siempre fiel en el cumplimiento de sus deberes. ¿Qué no ha tenido que sufrir contra toda justicia de parte de Saul? Elevado sobre el trono, victorioso de todos sus enemigos, ¿qué no ha tenido que tolerar hasta de su propio hijo? Allá desterrado de la corte, perseguido, errante por los desiertos; aquí obligado á salir de su capital, y huir á pié para no verse entregado á los insultos y á la inhumanidad de un hijo rebelde. De este modo templa Dios las dulzuras de esta vida en sus elegidos. Los mantiene en las humillaciones, á fin de que una sucesion no interrumpida de prosperidades no corrompa su corazon, y el orgullo no les haga indignos de sus gracias. Las adversidades en esta vida son necesarias para purificar el alma en el fuego de las tribulaciones, y para preservarla del contagio por medio de una humildad perseverante.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la primera de S. Pablo á los corintios, en la que el santo Apóstol declara quiénes son los que tienen el espíritu de Dios, y quiénes los que no le tienen. He aquí lo que dió ocasion á S. Pablo para escribirles lo que les dice en esta Epístola. En los primeros dias de la Iglesia, el Espíritu Santo derramaba sus dones liberalmente y de un modo sensible sobre la mayor parte de los que eran bautizados: el don de lenguas era muy comun en los nuevos convertidos; el de los milagros no era menos conocido entre ellos.

Veianse un gran número de fieles que hablaban todo género de lenguas, y otros á quienes el Espíritu Santo daba una ciencia infusa y la gracia de las curaciones. Pero como el hombre abusa frecuentemente de los mayores dones de Dios, muchos no siempre hacian el buen uso que debian de estos dones espirituales, y abusaban de sus ministerios. La mayor parte, en verdad, hacian de ellos un escelente uso para la conversion de los gentiles, y para la edificacion é instruccion de los fieles; mas otros abusaban de ellos para alimentar su vanidad: hacian alarde y no se servian de ellos sino para tomar de aquí motivo para su ostentacion. Los que hablaban diversas lenguas, se interrumpian á cada paso unos á otros en las reuniones, y hablaban algunas veces tres ó cuatro á un tiempo; otras veces hablaban todos diferentes lenguas, sin que nadie interpretase lo que decian, y esta confusion era siempre un motivo de murmuracion y de escándalo: los que habian recibido dones mas escelentes, llevaban su presuncion algunas veces al mas alto grado, y parecia que despreciaban á los demás; aquellos, por el contrario, que los habian recibido menores, se encelaban muchas veces de los que los habian recibido mas brillantes. Es muy natural al hombre el abusar de los mas preciosos dones de la gracia, luego que deja de estar alerta sobre su propio corazon. Los corintios mas sabios y mejor intencionados escribieron en esta ocasion á S. Pablo, para preguntarle el uso que debia hacerse de los dones espirituales; por qué señales podia conocerse el espíritu de Dios, y de qué medio podian valerse para corregir estos abusos tan contrarios al verdadero espíritu del Evangelio.

Vosotros sabeis, les responde el santo Apóstol, *que mientras estuvisteis envueltos en las tinieblas del paganismo, os dejasteis conducir como ciegos por los que os llevaban á adorar los ídolos*, á estas estatuas mudas é incapaces de hacerlos ningun bien. Yo os aseguro, pues, que entonces no teniais el espíritu de Dios, ni estabais animados sino del espíritu del demonio que se gozaba de vuestra imbecilidad y de vuestra tontería. Los que dicen anatema á Jesucristo, esto es, niegan su divinidad, rehusan reconocerle por el dueño del universo, único Dios verdadero, Salvador y Redentor del género humano, y verdadero Mesias, como hacen los idólatras y los judíos, y como lo hicisteis vosotros mismos en otro tiempo, no tienen este divino espíritu. Aquellos, por el contrario, que reconocen al Señor Jesus, que confiesan su nombre, que le adoran como su Dios, que le aman como su Redentor y su Salvador, que le sirven como su Soberano Señor, como no pueden hacer todo esto sin ser inspirados de Dios, todos

estos tienen el espíritu de Dios; porque nadie puede reconocer á Jesucristo por el Mesías, por el Señor del universo, por el verdadero Hijo de Dios y Salvador de los hombres, adorarle y servirle en esta cualidad sin que sea inspirado por el Espíritu Santo. La fe es un don de Dios, y solo el Espíritu Santo es el que nos hace creer las verdades cristianas, así como el espíritu de tinieblas únicamente es el que nos hace dudar de las verdades de la religion, y nos induce al error.

Por diferentes que sean los dones espirituales, todos se derivan del mismo principio. El Espíritu Santo es el que los comunica como quiere y á quien quiere. Todos estos dones son igualmente preciosos, aunque los ministerios son diferentes; no hay empleo en la Iglesia que no sea honorífico, y que no deba referirse á la utilidad comun de los fieles y á la gloria del Señor. Da S. Pablo aquí esta leccion á los corintios, porque los que tenían empleos superiores despreciaban algunas veces á los que estaban en un rango subalterno. Los ministerios son diferentes; los unos son elevados al obispado, los otros al sacerdocio: estos sirven en un grado inferior, aquellos en funciones menos brillantes aun: sin embargo todos son ministros de un mismo Señor, todos concurren al mismo fin, todos pertenecen al mismo Señor, y aunque los empleos sean diferentes, y los talentos desiguales, las funciones son igualmente santas por la santidad del ministerio. Tócale al ministro corresponder á la santidad de su ministerio y á la dignidad de su empleo, por la dignidad, por la regularidad, por la santidad de sus costumbres y de su vida.

Las operaciones son diferentes, pero es el mismo Dios el que obra todas estas cosas en todos. Aquí parece que distingue el Apóstol los dones espirituales en gracias, en ministerios y en operaciones. Las gracias se atribuyen á la bondad del Espíritu Santo, dice un sabio intérprete; los diferentes ministerios para el gobierno de la Iglesia; á la sabiduría del Hijo; los milagros y las operaciones naturales, al poder del Padre. Mas en estas tres adorables personas, así como es la misma la divinidad, es la misma bondad, la misma sabiduría, el mismo poder. Como los ministerios son diversos, las gracias para cumplirlos son diferentes; pero Dios exige de todos los que las reciben el mismo reconocimiento y la misma fidelidad. *El don visible del Espíritu Santo se concede á cada uno de por sí para bien.* Es un talento que es menester no enterrarlo; es un don espiritual para utilidad pública; ¡qué abuso tan criminal seria el apropiársela y no hacerlo servir mas que para la ostentacion y la codicia!

Desciende S. Pablo en seguida á la relacion individual de las

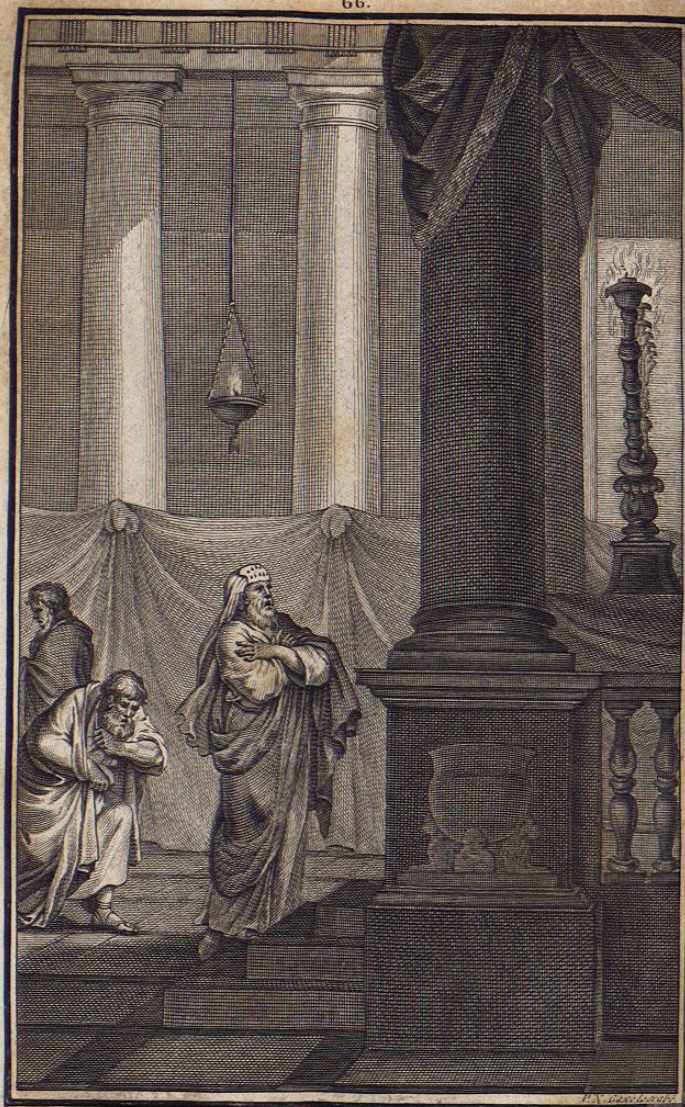
gracias particulares. El Espíritu Santo, dice, concede al uno el hablar el lenguaje de la sabiduría, este es propiamente el don de consejo; á otro el lenguaje de la ciencia, este es el don de inteligencia; á otro este mismo Espíritu Santo da la fe, esto es, aquella viva, aquella firme confianza en Dios, que nos asegura que no nos negará en la necesidad su asistencia para obrar las cosas mas maravillosas, y este es propiamente el don de los milagros; á otro la gracia de las curaciones, y aun el don de resucitar los muertos; á este el don de profecía, de pronosticar lo venidero, y de interpretar las divinas Escrituras; á algunos el discernimiento de los espíritus, tan necesario en el gobierno y en la direccion de las almas; á otros el don de las lenguas, y el de entenderlas aunque no se supiesen hablar. *Todas estas cosas las obra el mismo Espíritu Santo, dividiéndolas á cada uno segun le agrada.* El Espíritu Santo reparte sus dones, dice el mismo intérprete, á fin de que la necesidad mutua una mas estrechamente á los fieles, y los haga mas humildes. Si hubiéremos recibido unos dones tan brillantes, temamos el abuso que pudiéramos hacer, y la cuenta que tendríamos que dar de ellos. Si no los hemos recibido, pensemos que hubieran podido habernos hinchado de orgullo, y que la humildad es mas preciosa que todos estos talentos, los cuales son en provecho de los demás. Estos dones son gracias puramente gratuitas, diferentes de la gracia justificante que nos hace santos y justos delante de Dios. Llámase gracia puramente gratuita, la que no santifica al que la recibe, aunque se le confiera como remuneracion por Dios. Puede sin embargo serle útil al que se le confiere para su salud, pero principalmente mira á la santificacion del prójimo: tales son la gracia de los milagros, el don de la sabiduría, el del discernimiento de espíritus, el de ciencia, el don de lenguas; pueden poseer estos dones, y no ser santos por el mal uso que se hace de ellos. Con todo es raro que el don de lenguas, el de profecía, el de los milagros, no estén acompañados de una santidad eminente. La Iglesia las mira como pruebas de santidad en la canonizacion de los santos, mas esto es despues de haber tenido pruebas ciertas de la heroicidad de sus virtudes. Estos dones visibles del Espíritu Santo eran muy ordinarios en los primeros siglos de la Iglesia; eran entonces necesarios milagros brillantes para convertir á los judios y á los paganos. No es esto decir, dice el venerable Beda, que estos dones hayan cesado enteramente en lo sucesivo. No hay siglo alguno de la Iglesia en que no haya habido taumaturgos, sobre todo cuando á Dios le ha agradado enviar hombres apostólicos para convertir á los

gentiles. San Francisco Javier, de la Compañía de Jesus, es en los últimos tiempos una prueba muy solemne de esta verdad, y la Francia ha visto en el siglo pasado, y ve todavía en el presente (téngase presente que esto se escribía en el siglo XVIII) un beato Juan Francisco Regis, de la misma Compañía de Jesus, célebre por un número prodigioso de milagros que Dios obra aun todos los días por su intercesion.

El Evangelio de la misa de este día es del capítulo 18 de san Lucas, en el que refiere el Salvador una parábola de las mas instructivas, la cual en el contraste del fariseo orgulloso y del humilde publicano nos presenta un verdadero retrato de la humildad cristiana y del vicio contrario, y nos demuestra cuáles son los efectos respectivos.

Instruyendo el Hijo de Dios al pueblo, que se habia reunido en rededor de él, vió algunos de los mas principales, que se lisonjaban de llevar una vida mas regular, y que le escuchaban con bastante atencion; á estos principalmente les dirigió esta parábola, en donde se ve el precio y la eficacia de la humildad. *Cierto día, les dijo, subieron al templo juntamente dos hombres para orar, el uno era fariseo, y el otro era publicano.* Hase dicho ya en otra parte que los fariseos era una secta célebre que se levantó en Judea hácia el tiempo de los Macabeos, y á cuyos individuos se les dió el nombre de fariseos, que significa gentes separadas de todos los demás por un género de vida que engañaba al pueblo, y de la que hacian alarde sus vanos y orgullosos sectarios: afectaban delante de las gentes una modestia estudiada, una regularidad exterior que imponia, y todo no era mas que como unos sepulcros blanqueados, llenos de basura y podredumbre. El orgullo era el alma y el gran móvil de todas sus acciones. El publicano era entre los romanos un arrendador de los impuestos y de las rentas públicas. Este nombre era muy odioso entre los judíos; con él designaban un gran pecador, un hombre de mala vida, un usurero de profesion; era, en fin, un género de vida propio de gentes muy desacreditadas, por la corrupcion de sus costumbres y por sus violencias. Esto era lo que se entendia por un fariseo y por un publicano. Volvamos, pues, á nuestro Evangelio.

Dos hombres, decia el Señor, subieron juntamente al templo para orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, en lugar de orar y de humillarse delante de Dios, se puso á ponderarle la justicia de sus obras, porque manteniéndose en pié: Yo os doy gracias, Señor, decia dentro de sí mismo, de que no soy yo como el resto de los hombres, y particularmente



como este publicano que está aquí. El y los otros son ladrones, malvados, adúlteros; por lo que hace á mí, tengo religion, ayuno dos veces en la semana, además de los ayunos prescritos por la ley. Créese que estos dos dias de que habla el fariseo eran el lunes y el jueves; y por esto, y por no parecer que se conformaban con este uso de los fariseos, los antiguos cristianos ayunaban el miércoles y el viernes, lo que practican aun hoy muchas comunidades religiosas, y muchas personas piadosas en el mundo, añadiendo á la abstinencia de carne del viernes y del sábado, la del miércoles. Yo pago el diezmo de todos mis bienes, continuaba, no solo de los frutos mayores de la tierra, como está ordenado por la ley, sino que tambien pago por supererogacion el diezmo de la yerbabuena, del hinojo, del comino y de las legumbres menores; en fin, yo me distingo del resto de los hombres por mi exacta probidad. ¿Qué es lo que encontramos en esta odiosa ostentacion, dice S. Agustin, que tenga ni aun una sombra de oracion? Viene para rogar y se alaba; y esto mismo es lo que hacen todos los herejes: vanas ostentaciones de regularidad, y de pretendida reforma; orgullosas declamaciones contra los abusos; eternas lamentaciones por la relajacion; censores implacables del género humano; proclamaadores desvergonzados de su pretendida justicia y de su secta. No hay cosa que mas se parezca á un fariseo que un hereje; el mismo orgullo, el mismo odio contra Jesucristo y sus verdaderos discipulos, el mismo espíritu de error, la misma impudencia, la misma inhumanidad.

El publicano del Evangelio es de un carácter muy distinto. Manteniase á la entrada del atrio de los judios, sin atreverse ni aun á levantar los ojos al cielo, dándose golpes de pecho; su corazón contrito y humillado, no cesaba de repetir estas palabras: Señor, sed propicio para con un pecador como yo. Este signo del dolor de los pecados, y esta indicacion de la penitencia golpeándose el pecho, no sólo es comun y ordinario en la Iglesia, sino que se usaba ya en la misma sinagoga. El es un signo exterior de una contricion interior, y de un vivo arrepentimiento. He aquí dos oraciones bien diferentes; asi lo fueron tambien en su efecto. El publicano, dice el Salvador, se fué justificado á su casa; Dios que oye la súplica de los humildes con tanto mas placer, quanto es mayor el horror que tiene á los soberbios, tuvo misericordia del humilde publicano; aceptó su arrepentimiento, escuchó sus votos, oyó su oracion y le perdonó en el acto sus pecados, al paso que reprobó al orgulloso fariseo, el cual con aquella imprudente vanidad, puso el colmo, por decirlo asi, á su

iniquidad y á su malicia. Así que al entrar en el templo el publicano era acaso mayor pecador que el fariseo; pero al salir del templo, el publicano se halló justificado, y el fariseo salió mas criminal. Así sucede, concluye el Salvador del mundo; así sucede que cualquiera que se ensalza será humillado, y cualquiera que se humilla será ensalzado. Así el pecado que sirve para humillar al hombre, sirve tambien para sacarle de la humillacion por la confusion saludable que le inspira. Nada debe humillar tanto al hombre como su orgullo, y solo descendiendo á su nada es como encuentra el fundamento de una verdadera grandeza, y el secreto de ensalzar su bajeza. Por poco que se eleve, se le trastorna la cabeza. La opinion escesivamente ventajosa que tiene de sí mismo, de su pretendido mérito, de su propia escelencia, en que consiste el orgullo, es una prueba de pequeñez de espíritu y de locura. Dios se complace tambien en confundir á las almas vanas, y elevar á los que hacen un estudio en abatirse.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maximè et miserando manifestas: multiplica super nos misericordiam tuam, ut ad tua promissa currentes, caelestium bonorum facias esse consortes. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

O Dios, que señalais de un modo especial vuestro poder infinito en los efectos admirables de vuestra bondad; derramad mas y mas sobre nosotros las riquezas de vuestra misericordia, á fin de que habiendo suspirado sin cesar sobre la tierra por los bienes celestiales que nos habeis prometido, nos concedais la gracia de que gocemos de ellos en la gloria por toda la eternidad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera que el apóstol S. Pablo escribió á los corintios, capítulo 12.

Fratres: Scitis quoniam cum gentes essetis, ad simulacra muta prout ducebamini euntes. Ideo notum vobis facio, quòd nemo in Spiritu Dei loquens, dicit

Hermanos míos: Vosotros sabéis que cuando erais gentiles, os llevaban á que adoraseis los ídolos mudos. Por tanto os hago saber que ninguno que habla

anathema Jesu. Et nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu sancto. Divisiones verò gratiarum sunt, idem autem Spiritus. Et divisiones ministerationum sunt, idem autem Dominus. Et divisiones operationum sunt, idem verò Deus, qui operatur omnia in omnibus. Unicuique autem datur manifestatio Spiritus ad utilitatem. Alii quidem per Spiritum datur sermo sapientiæ: alii autem sermo scientiæ secundum eundem Spiritum: alii fides in eodem Spiritu: alii gratia sanitarum in uno Spiritu: alii operatio virtutum, alii prophetia, alii discretio spirituum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum. Hæc autem omnia operatur unus atque idem Spiritus, dividens singulis prout

inspirado del espíritu de Dios, dice anatema á Jesus; y ninguno puede tampoco decir Jesus es el Señor, sin que esté inspirado del Espíritu Santo. Son, sí, diversas las gracias, mas el espíritu es el mismo. Los ministerios son diferentes, mas el Señor es el mismo; las operaciones son distintas, pero es el mismo Dios el que obra en todas las cosas. El don visible del Espíritu Santo no se da á cada uno sino con utilidad. Concédese el espíritu á unos para que hablen el lenguaje de la sabiduría; y el mismo espíritu se concede á otros para que hablen el lenguaje de la ciencia. A otros el mismo espíritu les da fe, y á otros este propio espíritu da la gracia de las curaciones. A otros el poder de obrar milagros; á otros el don de profecía; á estos el discernimiento de los espíritus; á otros el don de lenguas; á otros el don de interpretar la divina palabra. Todas estas cosas las obra el mismo espíritu, repartiéndolas á cada uno según le agrada.

«Habiendo sabido S. Pablo que una de las causas de las divisiones que turbaban la Iglesia de Corinto procedia de que se preferian los unos á los otros, en razon de los diferentes dones que habian recibido del Espíritu Santo y que comunmente se llaman gracias gratuitas, las cuales se conceden en favor del prójimo; les manifiesta el santo Apóstol que todos estos dones, aunque diferentes entre sí, todos nacen de un mismo principio, que es el Espíritu Santo; y por consiguiente que todos deben estimarse igualmente.»

REFLEXIONES.

Las gracias son diversas, mas el espíritu es el mismo. No debe haber zelos entre los diferentes ministerios, ni tampoco negligencia ó dejadez en el ejercicio de las sagradas funciones. En el supuesto de que los diferentes dones, gracias, talentos y empleos vienen todos de la misma mano y que es el mismo espíritu el que los distribuye, todos deben tener el mismo fin, todos merecen nuestra estima. Por esto puede decirse con verdad que nada hay pequeño en el servicio de Dios. ¡Qué error el no estimar los empleos en la Iglesia, sino con relacion al esplendor ó á la preeminencia del lugar en que se ejercitan! Su dignidad procede de su principio y de su fin. Los coros de los ángeles en el cielo son diferentes en dignidad, segun la excelencia y la dignidad de su ministerio; pero todos son respetables, como que todos son ministros del Altísimo. Los dones del Espíritu Santo son puras gracias: don de consejo, don de sabiduría, don de lenguas, don de ciencia, hasta el don de los milagros, todo se ha dado por utilidad del prójimo, y de ningun modo para la gloria particular y en provecho solo del sugeto á quien el Espíritu Santo ha enriquecido con estas gracias puramente gratuitas. ¡Cuál, pues, debe ser su reconocimiento! pero ¿de qué crimen no se hace reo el que entierra estos talentos, ó si solo una vana reputacion es todo el fruto que saca de un tesoro de que no es mas que administrador? *La ciencia hincha*, dice el Apóstol; pero toda hinchazon está llena ó de podredumbre ó de viento. No hay cosa mas vana que la gloria que se busca, y de que uno se llena por unos bienes que solo se han recibido en depósito. *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias de ello, como si no lo hubieses recibido?* Pocos hay de aquellos que tanto se han distinguido por su raro saber, por su alta sabiduría, que tarde ó temprano si viven mucho tiempo, no vengán á parar en otros tantos objetos de lástima, despues de haberlo sido de envidia, por las flaquezas, y muchas veces por las imbecilidades de una vejez prematura. ¡Cuántos de estos grandes hombres se han visto portarse como niños, aun antes de ser decrepitos, complaciéndose Dios en convencernos por medio de estos ejemplos tan frecuentes; lo mal que hacemos en enorgullecernos por una ciencia que se estingue, se desvanece con el trastorno de una fibra! Pues he aquí, no obstante, lo que hace tan altaneros á esos grandes genios que jamás aciertan á conocer lo

pequeños que son. La emulacion de los talentos es la mas delicada, la mas ciega, y acaso la mas difícil de curar; nada ensoberbece tanto, sin embargo de que nada deberia humillarnos tanto como esta enfermedad cuasi incurable. ¡Ridicula vanidad del hombre! no se humilla, aunque nada es mas que polvo y ceniza, y habiendo sido formado no mas que de un poco de lodo; este lodo que todo lo debe á la mano omnipotente que le ha formado, se gloria de las ventajas que ha recibido de ella, y no pocas veces pretende arrebatarle toda la gloria. Lo que nos da reputacion, lo que nos distingue de los demás son dones de Dios, y el resplandor de estos dones debe servirnos para descubrir mas nuestras sombras. Es verdad que el orgullo es siempre la señal de un genio pequeño: las almas grandes, los sugetos de un mérito mas distinguido, son ordinariamente mas humildes; solo unos entendimientos superficiales y limitados, son los que están llenos de una falsa estima de sí mismos. El orgullo humilla á cualquiera que tiene suficientes luces para conocer su presuncion y su vanidad.

El Evangelio de la misa está tomado del capítulo 18 de S. Lucas.

In illo tempore: Dixit Jesus ad quosdam, qui in se confidebant tamquam justí, et aspernabantur ceteros, parabolam istam: Duo homines ascenderunt in templum ut orarent: unus pharisæus, et alter publicanus. Pharisæus stans, hæc apud se orabat: Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut ceteri hominum: raptores, injusti, adulteri: velut etiam hic publicanus. Jejuno bis in sabbato: decimas do omnium, quæ possideo. Et publicanus à longè stans, nolebat nec oculos ad cælum levare: sed percutiebat pectus suum, dicens: Deus, propitius esto mihi peccatori. Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo: quia omnis, qui se exaltat, humili-

DOM.-V.

En aquel tiempo dirigió Jesus esta parábola á ciertas gentes que presumian de sí mismos como si fuesen santos, y despreciaban á los demás. Subieron dos hombres al templo para orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, manteniéndose de pié, hacia para sí esta oracion: Dios mio, yo os doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, los cuales son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco tal como este publicano. Yo ayuno dos veces en la semana y pago el diezmo de todos mis bienes. El publicano por su parte, retirado á lo léjos, ni aun se atrevia á levantar los ojos al cielo, é hiriéndose el pecho decia: Dios mio, sed propicio á un pe-

11*

bitur: et qui se humiliat, exaltabitur. cador como yo. Este, pues, os aseguro, se volvió á su casa justificado, al contrario que el otro; porque cualquiera que se exalta será humillado, así como el que se humilla será exaltado.

MEDITACION.

De la humildad cristiana.

PUNTO PRIMERO.— Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes ilustrados con las luces mas vivas de la fe. ¡Qué error, el confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas tímidas! La humildad cristiana no es aquella oscura y floja ociosidad de un corazón fastidioso y de un espíritu medio apagado; es un conocimiento vivo, es una persuasión práctica de su propia indigencia y de su nada que le inspiran á uno sentimientos conformes á sus luces, y le hacen concebir un verdadero desprecio de sí mismo, inspirándole una confianza en Dios tierna y respetuosa.

No hay cosa mas racional ni mas noble que estos sentimientos bajos que uno tiene de sí mismo, porque son verdaderos. Es menester tener talento para conocer que tenemos muchos defectos y poco mérito. Un genio superficial y limitado no admira ni aprecia mas que lo que él cree considerable, como aquellas gentes groseras que jamás salen de su aldea; pero cuando la gracia perfecciona el espíritu y el corazón, cuando á favor de unas luces sobrenaturales vemos lo que somos y lo que podemos ser, cuando vemos la multitud de defectos, el fondo de debilidades, la inclinación natural al mal, la flaqueza para el bien, la indigencia de que estamos cercados, ¿podemos menos de despreciarnos? ¿podemos sin llenarnos de rubor, sufrir que se nos alabe? ¿No es una imbecilidad de espíritu, no es una especie de locura el llenarnos de satisfaccion cuando se nos tiene por lo que no somos, é incomodarnos cuando se nos reconoce por lo que somos? tal es el carácter del orgullo. La humildad se complace mucho en que nadie se engañe en el concepto en que forma de nosotros; ¿qué cosa mas conforme á la sana razon? Queremos ser estimados, y este mismo deseo tan frívolo prueba cuan poco estimables somos. ¿Qué injusticia mas visible que exigir del público un tributo que no se nos debe?

¿Qué tienes, dice el Apóstol, que no hayas recibido? y si lo has recibido ¿por qué te glorias de ello como si no lo hubieses recibido? (1. Cor. 4.) ¿Es necesario acaso atormentar mucho nuestro entendimiento para encontrar en nosotros de que humillarnos? Error en el entendimiento, pasiones en el corazón, enfermedades en el cuerpo, flaqueza en la imaginación; todo es pobreza, todo es humillación en el hombre; hasta sus cualidades mas brillantes dejan entrever las sombras. No es menester mas que bajar á los sepulcros para convencernos que el mayor monarca, como el mas pequeño de sus vasallos, no son mas que polvo y ceniza. ¿Por qué, pues, se ensoberbecen la tierra y la ceniza? (Eccles. 10.) Ciertamente no hay nada que tanto deba humillarnos como nuestro propio orgullo; ¿y con todos estos motivos de humildad, Señor, me cuesta todavía trabajo el ser humilde, y serlo teniendo delante de los ojos un Dios humillado para curar mi orgullo?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que además de los motivos que tenemos para humillarnos, las ventajas que son inseparables de esta importante virtud deben con mucha razon inclinarnos á ser humildes.

No hay virtud alguna sin humildad; pero ¿qué virtud hay que sea difícil á un alma humilde? La gracia, dice el apóstol Santiago (Jacob. 4.), se le ha dado con profusion. Témesse á Dios, dice el Sabio (Prov. 22.), cuando uno es humilde: créese para mérito y para gloria, y el edificio de la perfección cristiana sube muy alto, cuando tiene por fundamento una profunda humildad: la humildad cristiana es siempre una prenda de salud. (Ps. 33.) ¿Sobre quién fijaré yo mis miradas favorables, dice Dios por su Profeta (Isai. 66.); en favor de quién abriré los tesoros de mis misericordias, sino en favor de un corazón humilde, y de un espíritu humillado?

Puede decirse que la humildad es la que desarma la ira de Dios, la que gana el corazón de Dios, la que obliga, por decirlo así, á Dios á que haga las mayores maravillas. La Santísima Virgen no atribuye ni á su virginidad, ni á su devoción, ni á tantas otras virtudes que poseía en el mas alto grado, la gracia de haber sido elevada á la dignidad sublime de Madre de Dios, sino á su humildad; porque *atendió á mi humildad*. Seamos humildes, no salgamos nunca de nuestra nada, y aquel Dios que de nada ha hecho todo este vasto universo, se servirá de nosotros para hacer maravillas.

Miremos á los apóstoles, atendamos á los mayores santos, y

veremos que todos han sido los mas humildes. ¡Qué de maravillas no ha hecho un S. Francisco de Paula en los pueblos y en las casas de los grandes; él ha sido el prodigio de su siglo! ¿y hubo jamás un hombre mas humilde? ¡Cuando curarán nuestro orgullo, y nos inspirarán gusto á la humildad, tan grandes ejemplos, motivos tan poderosos, razones todas á cual mas interesantes!

¡Ah, Señor! ¿puedo yo veros humillado hasta morir en una cruz, y puedo yo verme hinchado de orgullo y no ser humilde? ¡Ah! demasiado que puedo, y mis sentimientos y mi conducta prueban bastante lo que yo soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis que aprenda de vos á ser humilde de corazón, haced que llegue á serlo; yo os lo pido y lo deseo con todo mi corazón.

JACULATORIAS. — ¿Me atreveré á hablar á mi Señor y mi Dios, yo que no soy mas que polvo y ceniza? (*Genes. 18.*)

Yo estoy humillado, y paso mis dias en la tristeza. Por esto, Dios mio, tendreis compasion de mí, y me salvaréis. (*Ps. 68.*)

PROPOSITOS.

1 La humildad sin la humillacion no es por lo comun otra cosa que el conocimiento y la estima que tenemos del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. No somos humildes porque conozcamos las razones que tenemos para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura y menos equívoca de la virtud de la humildad, es la alegría en la humillacion. Si esta importante virtud no consistiese mas que en humillarse de palabra, las espresiones menos sinceras probarian que muchos que se alimentan del orgullo son humildes. Cosa estraña; tenemos defectos crasos que saltan á los ojos, y no podemos sufrir que se nos adviertan; ¡qué despecho si se repara en ellos! Mira uno con desprecio sus propios defectos y los de los otros, y cada uno quiere que de los suyos no se hable. Corregid hoy un vicio tan comun. ¿No teneis tanta virtud que ameís la humillacion? sed al menos bastante cristianos para recibirla con mansedumbre y con paciencia; no os justifiqueis en aquellas ocasiones de poca importancia, en las que el amor propio es maltratado, y vuestra vanidad se ve ajada. Os alegraréis de haber callado; no perdais por un aire desabrido, por una palabra violenta, por una indignacion demasiado manifiesta, el mérito de una pequeña humillacion, que es un remedio soberano contra la exaltacion del ánimo.

2 No siempre es el natural ó el mal humor el que hace á los señores tan delicados y poco pacientes; con mas frecuencia el origen de estos fogosos arrebatos es un orgullo secreto. La humildad del corazón es inseparable de la penitencia y de la mansedumbre. No podemos sufrir una palabra poco respetuosa; nos incomodamos por la poca exactitud de un doméstico; nos chocha la cachaza de nuestros dependientes; su poca deferencia á nuestras órdenes nos pone de mal humor. Llamad como quisieréis esas impaciencias, esas asperezas, coloradlas con el pretexto que os dé la gana, vosotros seriais mas pacientes si fueseis menos orgullosos; comenzad desde este momento á poner en práctica las reglas siguientes: 1.^a Escusad con caridad los defectos de otro, y no consintais jamás que los que dependen de vosotros traben conversacion sobre tales defectos. 2.^a Cuando se os hubiere faltado á alguna cosa tocante á vuestra persona, á ciertos deberes, á no sé qué atenciones; cuando se hubieren olvidado de hacer os ciertos servicios de poco momento, no perdais el mérito de estas pequeñas humillaciones: la falta de memoria ó de disposicion de un doméstico; la impolítica de cierta especie de gentes; el mal corazón de tantos amigos falsos os ofrecerán todos los dias muchas ocasiones para ejercitaros en estos pequeños sacrificios: alarmarése el amor propio, padecerá el orgullo; pero ¡qué tesoro de méritos si sabeis aprovecharos de estas frecuentes pero preciosas humillaciones! 3.^a Decios á menudo á vosotros mismos con S. Bernardo: Yo adoro un Dios humillado por mi amor hasta la muerte de la cruz, ¿y yo no soy humilde?

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

LÁMASE comunmente en la Iglesia Romana este domingo el domingo del *Sordo-Mudo* curado por Jesucristo, porque el Evangelio de este dia refiere la historia de este milagro. Como todas las maravillas de la vida del Salvador eran pruebas visibles de su omnipotencia y de su divinidad, y al mismo tiempo pruebas evidentes de la santidad de la religion que venia á establecer en el mundo; la Iglesia ha escogido para la Epístola de la misa de este dia aquel pasaje de la carta que S. Pablo escribió á los corintios, en donde despues de haberles dado cuenta del modo con que les habia anunciado el Evangelio, les declara que no les ha enseñado y como dado en depósito mas que lo que él mismo habia recibido de Jesucristo, y por el compendio que les hace de los principales misterios de nuestra religion les da una idea justa de